Esta reunión no es de cazadores sino de amigos de lo cazado y ofrece la particularidad de estar en ella Frasco en plena decadencia, para que no falte el detalle de cómo se quedó a última hora ya que no hemos tenido la suerte de encontrar una fotografía en la que se le vea con claridad que complete las diferentes descripciones que se tienen publicadas, incluso la del muchacho tocando la guitarra acompañando a Emilio el Pámpano.

Dadas las disposiciones más o menos conocidas de cuantos figuran en esta reunión, es casi seguro que Frasco fuera el guisandero y ahí está siendo el más arrogante, el más altisonante y el más espantante de todos, reducido a la más mínima expresión, con su gorrilla aplastada, consumido por la diabetes, más encogido que nunca, materialmente apabullado por la salubridad y lozanía de cuantos le rodean que son de su edad la mayoría. Aún cuando casi todos estos señores figuran en diversos lugares de la obra, hay algunos que no han salido nunca y lo merecen por su significación local a lo largo de su vida, como Don Miguel Aparicio, Don Leopoldo Nieto y Don Rafael Huerta.

Se les conoce a todos menos a ese primero de la izquierda que esta de pie, con el sombrero alicaido y que puede hasta no ser de aquí, porque la comida fue de despida al Juez en las Ratoneras, huerta de Belmonte. Los que siguen a dicho señor son Don Leopoldo el boticario, el Juez Don Filiberto Carrillo de Albornoz, Frasco, Cepeda, Olivares el médico y Belmonte el médico. Y abajo, Escobar, Durá el notario, Ernesto Verdú, Aparicio el abogado, Salvador Samper y Rafael Huerta, el médico del pasaje.

Muy a última hora me ha llegado otra versión de esta comilona que me agrada recoger: la de que el Juez quería comer galianos y Frasco los hizo con toda su fanfarronería pastoril.

De las dos maneras puede ser y cualquiera de ellas viene bien para divertirse, porque nada predispone al hombre a la broma como una buena comida, que es uno de los grandes errores de las mujeres modernistas.

DIA DE SOFOCACION

Aurelio Pastor, el encargado del depósito, vió llegar tan seco a Marcelino Cruz, subcontramaestre de su cargo, que se apresuró a llenarle el vaso de vino con gaseosa y se quedó con el jarro dispuesto para repetir, porque el caso no era para menos con una liebre tan grande todo el camino.

¿Por qué será que los animales cazados parecen el doble de grandes cuando los exhiben los cazadores? ¿Será que les infunden el esplendor de su fantasía?. Ellos hablan de una liebre como un perro y la verdad es que a todos los que miran les da gana de morder.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Hombres, lugares y cosas de La Mancha. N.º 44, 1/5/1979.